

EN TORNO AL TEMA DE LA HISPANIDAD COMO PRO- BLEMA Y COMO DESTINO

Por A. AVELINO ESTEBAN ROMERO



Sobre el tema que encabeza estas líneas ha aparecido en Buenos Aires un folleto con un prólogo y tres conferencias, publicado por el Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de Cuyo.

El juicio que se contiene en dicho trabajo tiene una tan marcada intención interpretativa sobre el concepto de la Hispanidad, que hemos pedido a uno de nuestros colaboradores un comentario sobre este punto. Es cierto que la información llega a nosotros no directamente, sino a través de la «Revista de la Universidad de Buenos Aires» en una reseña firmada por Leonardo de Aldama. Pero por sí sola esta transcripción hace pensar que la índole de aquellos trabajos carece del equilibrio que exige todo juicio de crítica histórica, en el que la veracidad y la justicia deben anteponerse a los impulsos del apasionamiento.

HEMOS leído unas apreciaciones sobre la *Hispanidad como problema y como destino*, y, en uso del pleno derecho de todo lector consciente, que no hipoteca su criterio, y en función del sagrado deber filial para con la Patria, y en este caso, además, por imperativo de necesidad moral, que nos imponen todos los esfuerzos, que fueron ríos de sangre hispana y aportación epopéyica en la gesta de Amé-

rica, vamos a glosar un folleto argentino, con un prólogo y tres conferencias, publicado por el Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo en el año 1948.

Repetimos que no queremos la polémica, siempre inelegante entre familias, ni supone el contestar a quienes hablaron de algo tan nuestro como la apreciación de cuatrocientos años de heroísmo español, distanciamiento de afectos... ¡Es sólo responder, para que el monólogo, siempre frío, se convierta en diálogo, siempre vivo y cálido de afecto entre familiares!

Vaya por delante la declaración de que no conocemos directamente la publicación mencionada. Ha llegado a nuestro conocimiento a través de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, en su número de abril-junio del pasado año, y aparece reseñada en su sección bibliográfica, páginas 481-489. Firma esa reseña *Leonardo de Aldama*, quien, según propia confesión, se limita a transmitir el contenido de esta producción literaria, sin «análisis ni juicio alguno» (pág. 481).

Y aquí empieza ya nuestra disconformidad, no entendiendo hasta qué punto sea admisible esa postura pasiva de un crítico bibliográfico; pues, de estar disconforme con el contenido doctrinal de la obra que presenta, dada la gravedad de ciertas afirmaciones, era un deber, impuesto por la reseña bibliográfica, advertir de ello a los lectores. Los títulos y resúmenes de libros nos los dan los escaparates de librerías, en reclamos llamativos; pero no las revistas de altura y seriedad... De estar el censor o crítico conforme con esas apreciaciones, no es caballeroso ocultar las propias opiniones detrás de un nombre ajeno, para evitar así las reacciones de una censura razonada... ¡Todo menos lanzar al mundo de la cul-

tura una mercancía sin el sello de una garantía y responsabilidad personal! ¿Es que el folleto en cuestión es de la misma Universidad Nacional de Cuyo, que lo edita y garantiza? ¡Nos resistimos a creer que haya tanta distancia de la cultura histórica de las provincias argentinas del Este a la verdad de la obra de España en América como para que no hayan tenido tiempo aún de salvarla!

El folleto en estudio tiene 60 páginas; ¡muchas para lo que de hecho dice; poquísimas para lo que podría decir al tratar de la Hispanidad como problema y destino!

* * *

Empieza el resumen que nos ofrece la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* preguntando, en un disimulado estilo displicente:

«¿Qué es esto, tan traído y llevado, de la Hispanidad, de la que el nacionalismo argentino ha hecho su consigna y su mística?» (pág. 481).

Y ya, antes de responder el conferenciante su pregunta, se nos descubren recónditos pareceres sobre aspectos del todo marginales en la Hispanidad como problema, pero expresivos y delatores de la postura ideológica del autor al enjuiciar el tema de su conferencia:

«Para nosotros los argentinos—dice—, amasados de carne italiana y española casi por partes iguales, en nuestra contextura física, y de cultura española, italiana y, sobre todo, francesa, en nuestra contextura espiritual, ¿es la Hispanidad la vitamina que precisamos para formar un pueblo robusto física y moralmente?» (pág. 481).

Como puede sospechar el lector, poco podemos esperar

de la solución al interrogante sobre el problema de la Hispanidad, y menos aún después de leer lo que sigue:

«Hispanidad. ¿Y por qué no helenidad, latinidad, celtidad? ¿Por qué precisamente la Hispanidad, y no la galidad o la italidad?... ¿Por qué el destino de resucitar la nueva Edad Media... lo hemos de realizar los latinoamericanos bajo el santo y seña de la Hispanidad, y no de la europeidad o de la latinidad?» (pág. 482).

¡Vamos por partes! Y, primeramente, note el lector la sustitución de términos que hace aquí el conferenciante, entre argentinos y latinoamericanos; sustitución que no es ni inocente ni innocua: no inocente, porque no es impensada y se repite varias veces en el folleto, y no es innocua, ya que sorprende al lector, para generalizar afirmaciones, exorbitándolas de su ámbito, exclusivamente argentino, en el que algunas aserciones podrían pasar—¡noten que sólo afirmamos con que podrían pasar!—sin violar bruscamente la verdad histórica, para convertirse, generalizadas para toda la América hispana, en perniciosas adulteraciones de la verdad, que en este caso es justicia y comprensión de la labor de España. No nos sorprende, pues, el conferenciante anónimo al trasponer términos que sabemos lo que valen y no son sinónimos, por más americana que sea la nación argentina y por muchos que sean sus títulos representativos de Hispanoamérica.

Y ahora respondamos a la pregunta que ya hiere como dardo el corazón de España: ¿Por qué no helenidad, latinidad o celtidad?... Pues porque la Lógica nos enseñó a especificar, que es también personalizar, concretando los géneros por sus diferencias; porque decir helenidad o latinidad valdría tanto para América como para Europa, y tanto, para

aquellas naciones, acudir al truco común o europeo como invocar a los aborígenes indígenas para estimularles a realizar una misión histórica, no por ser naciones latinas, o americanas, sin más concreción, sino a realizar una común misión histórica en nombre de su condición de pueblos hispanos. Sería igual que estimular a un hijo a secundar la obra de sus padres, no por conformación con ellos, sino en nombre de una ascendencia de innúmeras generaciones... Nosotros creemos que América no es un conglomerado de pueblos, sin fisonomía propia; creemos que es una realidad cultural, de remota ascendencia helena y latina — ¡quién lo duda! —, pero de impronta diferencial hispana, que también es helena y latina, y no dejó de serlo, cuando se volcó a plasmar su alma en América.

Además, en esa transfusión espiritual de vida y cultura que España llevó a los pueblos aborígenes americanos, como en toda influencia cultural y moral, la primacía cronológica difícilmente será suplantada por posteriores y tardas influencias, que nunca desplazarán aquella primera impresión que halló el alma vacía... ¡y la llenó con su espíritu! ¡Y no creemos que el autor del folleto que analizamos niegue que la primera nación de Europa que llegó a América, y allí estuvo sola por mucho tiempo, sea España!

Confiesa el conferenciante que la contextura espiritual de los argentinos está plasmada «de cultura española, italiana y, sobre todo, francesa» (pág. 481).

¡Buen tercio nos brinda la afirmación para salir al encuentro! No negamos que una minoría argentina haya revoloteado, encandilada, en las luces de París, siempre culta y hechicera, y aun aseguraríamos que el autor es uno de esos 20.000 argentinos que se miran encantados en ese Sena de

sus predilecciones, en contraposición de nuestro tristón Manzanaras... Pero ¡suponemos que en la horizontalidad pampeana, para emplear su frase, se acunan más de 20.000 argentinos!... Y también creemos que, aun siendo solamente un centenar los que tienen el mal gusto de venir por Madrid..., los que fueron desde aquí a la Argentina, desde los días inmortales hasta hoy, son muchos millones!...

Nosotros creemos que en esa inmensa nación del Sur americano hay más de 20.000 personas cultas que no suscribirían la hegemonía de esa influencia francesa... Además de que afrancesados ¡también los hubo en España en los días malos para la Patria..., y solían ser los menos españoles!

Pero hay más. También suponíamos que el primer elemento sustancial de toda cultura nacional es el idioma, por ser molde y vehículo de las ideas, y tenemos entendido que, por más italianos y franceses que desfilaran por la Pampa inmensa, los que enseñaron el habla fueron los hijos de España...

Más todavía. Quisiéramos preguntar al defensor de esa hegemonía cultural francesa e italiana qué obras de cultura americana hacían, tanto Italia como Francia, allá por los años 1503— ¡once después del Descubrimiento!—, mientras España dirigía su primera cédula cultural al comendador Ovando, ordenándole:

«Que se hiciese hacer una casa adonde, dos veces cada día, se juntasen los niños de cada población, y el sacerdote les enseñase a leer, escribir y la doctrina cristiana con mucha caridad.»

De aquellos niños indios de ayer vienen estas generaciones nacionales cultas de hoy; y cuando enseñarles a leer era, más que una función docente cultural, una misión heroica

de apostolado entre indígenas incultos, sólo España, dejando la placidez de sus casonas palaciegas, fué a sentarse entre matojos de las selvas vírgenes, para enseñar a leer y a escribir y a creer... ¡Que eso es cultura!

Y si aun ese primer esfuerzo en pro de la cultura americana es poco, recuerde el autor este documento que transcribimos. Es de 1509. Y aún en América no había mercados culturales que acaparar, ni sectores ideológicos en los que influir... No hay más que indios por evangelizar, para que tuvieran, cuatro siglos después, nietos que se pudieran ufanar de su auténtica cultura cristiana y europea, pero porque es española. He aquí la labor cultural de España: «Mi principal deseo ha sido y es destas cosas de Indias que los indios se conviertan a nuestra Santa Fe Católica, para que sus almas no se pierdan; para lo cual es menester que sean informados de las cosas de nuestra santa Fe. Tendréis gran cuidado cómo sin hacerles fuerza alguna los instruyan e informen en las cosas de nuestra Fe con mucho amor.»

Suponemos que el autor del folleto en estudio, cuando escribió aquello de que Francia era la prevalente en su cultura y a quien debíase el ser «cristianos de adentro afuera..., y no cristianos a cristazos...», se olvidó, entre otros muchos, más, de este trozo documental de la educación y evangelización de América por España, y, sobre todo, pasó por alto ese inciso de instruirlos en la Fe «sin hacerles fuerza alguna..., con mucho amor».

¿Qué métodos serán los franceses para hacer esos cristianos de adentro afuera, cuando los métodos de España, a pesar de esa norma, les ha resultado de procedimiento tan abusivo y violento como expresa el autor con esa frase de hacer «cristianos de afuera adentro y a cristazos»?

¡Qué bien vendría, antes de escribir, leer algo sobre la materia, y poner luego el corazón al nivel de lo leído! ¡No se faltaría tanto a la verdad y a la nobleza que se llama gratitud!

Más pruebas tendrá quien sepa que en 1518 Carlos V ordenaba la selección de los hijos de caciques para darles una instrucción en conformidad con el ambiente social en que habían de vivir. ¡Hasta de las minorías dirigentes se ocupaba España antes del cuarto de siglo del Descubrimiento!

Y si nuestro conferenciante estima que esa educación primaria no es cultura, allá van datos universitarios, que suponemos que son aportaciones culturales.

En 1538 se funda la Universidad de Santo Domingo; en 1551, por un mismo decreto de Carlos V, dos Universidades, la de Lima y Méjico, y a partir de entonces se multiplican las fundaciones culturales y educadoras de Universidades y Colegios Mayores.

Ante estos datos escuetos, nos dirán los lectores qué hacían entre tanto Francia e Italia por América... Y verán lo gratuito de la afirmación del conferenciante, al decir que

«la voz Hispanidad entraña una preterición inexplicable de Italia, de Francia y aun de Inglaterra» (pág. 482).

Prosigamos. El autor de nuestro folleto, en un conato de buena voluntad disimulada, quiere convencerse a sí mismo al escribir:

«Fué España—nos dicen—el frontón de la herejía en el siglo XVI. ¿Y no es más cristiana la ortodoxia y la moral—pregunta el autor—que se elabora un pueblo desde adentro, cual se la elaboró Francia, con la libre determinación de las voluntades individuales, sin coseletes inquisitoriales, ni alcahueterías fermentadoras de odios, de recelos y, a la postre, de matanzas intestinas?» (pág. 482).

Podemos observar cómo va progresando la acritud del prejuicio antiespañol de las conferencias, con todo ese acompañamiento de léxico, tipo leyenda negra, «de coseletes inquisitoriales, alcahueterías fermentadoras de odios y matanzas intestinas», a pesar de afirmar el conferenciante que en las leyendas negras ya no creen más que media docena de atrabiliarios (pág. 484). ¡Nosotros ni quitamos ni ponemos el calificativo!

Pero, además, quisiéramos saber qué es esa «ortodoxia y moral cristiana, que se elabora un pueblo desde dentro». Porque si el autor quiere expresar de ese modo—puro barroquismo de expresión—el carácter de libertad y libre consentimiento de la fe, sin coacciones físicas ni imposiciones violentas, estamos de acuerdo, pero pedimos que nos pruebe haber empleado España otro método que ése. Monumento imperecedero a esa conducta racional, esa frase de la cédula de Ovando de 1503: «... que el sacerdote enseñe a leer, a escribir y la Doctrina cristiana con mucha caridad». ¡Todo el léxico cristiano no puede buscar otra palabra de más reverencia para los catecúmenos: mucha caridad!

Si el conferenciante, al hablar de ortodoxia elaborada desde dentro, quiere suprimir toda influencia de predicación y proselitismo en la propagación de la fe, sepa que va por caminos de inmanentismo religioso, en compañía de modernistas condenados por el magisterio eclesiástico.

La predicación del Evangelio es esencialmente de afuera adentro; en síntesis, *fides ex auditu, auditus autem per verbum Dei*, que es decir: la fe entra por el oído, y llega al oído por la predicación, sin que ese carácter externo de su difusión sea incompatible con la libre aceptación de cada individuo.

Lo que parece que da en rostro al autor que comentamos es eso de haber sido España frontón de la herejía de Europa en el siglo XVI, y ve mucho más racional la postura de convivencia y amalgama de Francia, invadida de calvinistas, en nombre de esa ortodoxia de dentro afuera... ¿Qué mal hay, desde el punto de vista de la razón y el derecho, en que un pueblo salga a defender su fe allí donde su fe peligre? ¿Excusaría el autor a un individuo que se dejase arrebatar sus creencias y no evitase la corrupción, pudiendo hacerlo? ¿Y por qué niega a un pueblo íntegramente católico lo que, en nombre precisamente de la libertad de conciencia, concedería a un individuo? ¿Admitiremos la función del Estado para cerrar las fronteras nacionales a nocivas influencias político-sociales, y para defender su seguridad, amenazada por ellas, con todos sus medios lícitos, y negaremos esa función defensiva para preservar la fe de la nación, suma de todos los bienes de un pueblo?

No se pueden enjuiciar situaciones de siglo XVI con mentalidad «que ansía en lo espiritual horizontes liberales» (página 489).

Pero sigamos este arduo caminar que nos ha impuesto el anónimo autor de este folleto antihispánico sobre la Hispanidad. Por fin nos va a definir en qué consiste ese concepto, tan traído y llevado, que dice él, no sin antes anestesiarnos nuestra sensibilidad hispana con frases cautivadoras, como esas en que se llama «buen amador de España» (pág. 483). ¡Los hijos de esta «anémica Castilla, vieja soberana de antaño» (pág. 488), somos tan capaces de creer sin ver, que ¡hasta admitiríamos ese acto heroico de tan declarado amador de España!

Veamos. «¿Qué es la Hispanidad?... Es el alma y la en-

jundia de España... Y esa alma española, ¿qué es?... Una misma fe en Cristo, una misma lengua, un mismo estilo de vida...; una manera peculiar... de resolver el problema de la vida presente en función de la vida futura» (pág. 488).

No está mal la descripción si el autor creyese en ella, pues bien claro prueba en seguida que no admite el concepto de hispanidad basado en esa unidad de fe, en ese modo peculiar de enfrentarse con la vida y en ese denominador común de sus expresiones que es la unidad de idioma. Porque si el conferenciante estuviese conforme con esos elementos integrantes de la Hispanidad, no se preguntaría a renglón seguido: «¿Por qué no se nos predica, con parejo fervor, italidad, desde que a Italia le debemos tanta fe, tanta cultura, tanta herencia y tanto legado de muertos como a España?» (pág. 484).

¿Que por qué no hay italidad? Pues porque no hay unidad de lengua, ni labor colectiva y nacional en la unidad de la fe de América, ni ese modo peculiar de enfrentarse con la vida... Y si el autor desea saber por qué no aportó todo eso Italia a América, le recordaremos un axioma filosófico: La operación sigue y supone el ser... ¡E Italia no era cuando América se amasaba en sangre, fe y lengua española! ¡No es lo mismo desembocar hoy miles de colonos, excedente agobiador demográfico, que despoblarse una nación para inyectar su sangre en tribus indias! ¡Con esto decimos bastante!

¡Por eso no se predica italidad, ni galidad, aunque sean muchos miles de individuos italianos y franceses los que han ido a dar su esfuerzo a América, sobre todo a la Argentina!

Cuando nosotros predicamos hispanidad tenemos detrás de nuestros pulpitos el Archivo General de Indias y el Nacional de Simancas, para dar valor legal y nacional a nues-



tras frases con centenares de miles de documentos, que son la voz recia con que hablamos de Hispanidad... ¿Conoce el conferenciante algo parecido en Francia o Italia?

Hispanidad es algo más que una frase sonora, de determinados matices políticos; ¡es todo un concepto histórico, cultural, que supone conocimientos prácticos de Archivos e Historia, y no mera facilidad literaria para fustigar el concepto!

Rogamos al lector un poco más de esfuerzo, por el mismo prestigio de España, y para ser, por lo menos, tan tenaces en refutar las apreciaciones que comentamos como incansables han sido quienes las escribieron y pronunciaron.

Dejemos de nuevo la palabra al conferenciante:

«La carne de los hombres de estos veinte pueblos es oriundamente italo-hispano-lusitana; pero el alma, incluso en su filón religioso, es europea, y con preferencia, francesa» (pág. 485).

¡Al fin el conferenciante se acordó que el Brasil también es América latina, y que es un producto lusitano! ¡Menos mal!

Pero lo que es desconcertante es esa afirmación de «alma religiosa europea, y sobre todo francesa». ¡Inaudito! ¡Tan ilógico, que hace sospechar en el autor de esa aseveración la estrechez de algún resentimiento con relación a España, quien así, tan llanamente, enajena el patrimonio de la personalidad espiritual de su patria, y la declara todo, antes que española! Al fin, el nacionalismo, que todo se lo apropia, podrá ser injusto, pero en el fondo tiene alto aprecio de sus valores patrios, que no encadena a nadie; pero esa confesión de europeidad y galidad, para emplear términos del autor, es injusticia para con España, e innoble para con la

misma nación argentina. ¡Pobres misioneros hispanos, que durante siglos enseñaron letras y fe a los indios americanos, para que a la postre esa alma religiosa por ellos educada resultase todo, menos española en sus creencias y matices!

Para colmo de afirmaciones sin lógica, añade nuestro comentado conferenciante que «si esos veinte pueblos tienen una misma fe religiosa, es gloria de España» (pág. 485). De donde resulta que aquí quienes han hecho «de indios» son esos europeos y esos franceses, que han plasmado el alma de América a su forma y estilo, y ahora resulta gloria de España. ¡Para afirmaciones gratuitas hace falta mucha memoria, a fin de no contradecirse!

No vamos a discutir otras apreciaciones de menor relieve y del mismo estilo. El autor no puede torcer la historia, ni suprimir la lengua, ni la nomenclatura geográfica, ni el sentido religioso, ni enterrar entre solemnes afirmaciones hispanóforas los nombres de misioneros, capitanes, virreyes y aventureros que llegaron de España antes y en mayor número que de parte alguna. Vamos a no darnos por enterado de eso de que «quizá no fuera aventurado decir que es España la que homologa su fe de América» (pág. 486).

¡Menos mal que fueron tres las conferencias, pues, de seguir, en la cuarta nos han descubierto ellos a nosotros!

Vamos también a no darnos por aludidos en aquello, típica leyenda negra, «del *imperium catholicum* de Felipe, forjado con sangre de heterodoxos trucidados» (pág. 486). Pero no podemos pasar por alto estas otras afirmaciones:

«Si España e Italia nos han legado un cristianismo puro, Francia nos ha enseñado a hacernos cristianos de dentro afuera, no de fuera adentro; esto es, no a ser cristianos a cristazos» (pág. 488).

Ya explicamos el sentido de ese adentro y fuera... ¡Pero eso de cristazos! ¡Como no los dieran los misioneros con aquel método de «muchoa caridad» que era norma suya y ley de España!

Creemos que el mal gusto de esa frase no debiera llevar como aval de garantía científica el nombre de una Universidad Nacional Argentina. Hay ideas y formas que no se pueden transmitir sin complicidad con ellas... ¡Y este caso es típico!

Hora es de que aduzcamos algo en lo que estemos conformes con el autor, y es eso de que

«a los argentinos nos corresponde cultivar antes que nada la argentinidad» (pág. 486).

¡De acuerdo; pero note que ha dicho antes que nada, y, por lo tanto, antes que esa prevalente cultura francesa, que no tiene nada de argentinidad...

En cambio, aquello de que Argentina incorpora el ideal generoso de todos los pueblos, sin odiosas prioridades, es un decir, porque el autor nos ha dicho que la influencia prevalente era francesa... ¡Luego sería la odiosa, en su lógica de prejuicios!

En cuanto a «esa fe católica, oreada de fanatismos y de truculencias torquemadescas» (pág. 486), nosotros entenderíamos que fuese una fe adulterada o exagerada, pero nunca *auténticamente* católica.

En fin, esa alusión «a la mística propia, que no calca fórmulas utópicas del pasado dieciséntico español» (pág. 486), nos ha querido parecer un tiro raso a la mística realista de Santa Teresa, a la filosófica de San Juan de la Cruz y a la

práctica y sensatísima de San Ignacio... ¡Eso de utópicas fórmulas será un decir del conferenciante!

Terminemos agradeciendo al autor ese eufemismo de «fanatismos e intransigentismos, frutos espontáneos de geografías cerriles» (pág. 489).

Y agradezca él también, de paso, esa postura de fidelidad a la verdad que fué lema de España en su obra..., porque a ella, aunque el conferenciante la llame fanática e intransigente, ¡América debe el ser América!

